

blanca para nombrar un ministro y dirigir el gobierno á su antojo (1).

Los reyes mismos salieron de la corte á esperarla, y llegaron hasta Canillejas, donde la encontraron, y despues de abrazarla con efusion la invitaron á tomar asiento en la régia carroza, honra desusada, que ella tuvo bastante discrecion y política para no aceptar. En Madrid tuvo un recibimiento de reina (5 de agosto, 1705), y pueblo y nobleza mostraron el mayor júbilo de volverla á ver. La reina estaba loca de gozo, y lo singular es que Luis XIV escribiera ensalzando con entusiasmo las prendas de la princesa, y esperando que seria el remedio de los males de España, como antes habia supuesto que era la causadora de ellos. Orri y Amelot la habian precedido, á fin de tener preparado lo que á cada uno segun su cargo le correspondia (2).

Pero ya es tiempo de que volvamos á anudar las operaciones de la guerra, en las cuales veremos cómo influyó el gobierno que hubo antes y despues del regreso de la de los Ursinos.

Como todo se habia consumido en el malhadado sitio de Gibraltar, ejército, caudales, artillería y municiones, y las pocas tropas que quedaban se hallaban repartidas en las guarniciones y fronteras, los enemigos se aprovecharon de esta circunstancia para recobrar á Marban y Salvatierra, y apoderarse de Valencia de Alcántara y de Alburquerque (mayo, 1705), y despues de amagar por un lado á Badajoz, por otro á Ciudad-Rodrigo, pero sin emprender el sitio de ninguna de estas plazas, se retiraron á cuarteles de refresco. Acaso influyó en esta retirada la muerte repentina del almirante de Castilla don Juan Tomás Enriquez de Cabrera, el gran atizador de la alianza de Portugal contra Felipe V de España (3).

Habiendo despues enviado los aliados á Portugal un refuerzo de quince mil hombres al mando del general Peterborough, se prepararon á emprender una campaña vigorosa. Y en tanto que el archiduque, y el de Darmstad, y el de Peterborough, partiendo de Lisboa con grande armada anglo-holandesa recorrian todo el litoral de España por la parte del Mediterráneo, sublevando algunas de sus provincias contra la dinastía dominante y en favor de la casa de Austria, en los términos que luego referiremos, el ejército enemigo de Portugal volvió sobre Badajoz, con ánimo al parecer de ponerle formal asedio (octubre, 1705). Mandaba entonces las tropas inglesas el general Galloway; Fagel las holandesas, y las portuguesas el marqués de las Minas. A socorrer la plaza, estrechada hacia ya mas de ocho dias, acudió el mariscal de Tessé, y aunque el número de sus tropas era muy inferior á las de los aliados, no lograron estos impedirle el paso del rio (15 de octubre). Metió en ella un socorro de mil hombres; y puestos luego los dos ejércitos en ademan de combate, y despues de hacerse fuego por algunas horas, retiráronse los aliados herido mortalmente Galloway, y abandonando multitud de cureñas, municiones y otros efectos de guerra. Con esto acabó la campaña de Portugal por este año de 1705.

Mas no por eso tenia nada de lisonjera la situacion de España. Pronunciábanse las provincias de Levante en favor del archiduque, como hemos indicado, y de lo cual daremos

(1) Memorias de Noailles, tom. III.—Idem de Berwick y de Tessé.—William Coxe inserta, como siempre que trata de estos asuntos, varias cartas curiosas de Luis XIV, de Felipe V, de la princesa de los Ursinos, de Torcy, y de otros personajes que figuraban en estos enredos.

(2) La duquesa de Bejar se apresuró á hacer su renuncia tan luego como llegó la princesa.

(3) Cuéntase la muerte de aquel funesto magnate de la siguiente manera. Dicen que comiendo con el general del ejército portugués marqués de las Minas, y disputando con el conde de San Juan, le dijo este que él no era traidor como él á su rey. El almirante fué á embestir al conde, y el conde por su parte hizo lo mismo: interpuséronse el marqués de las Minas y otros, y acompañaron al almirante hasta su tienda; dijo que queria reposar y se echó en la cama, y á poco rato le hallaron muerto en ella. Habia publicado un manifiesto explicando los motivos que tuvo para pasarse á Portugal, y hecho imprimir otros documentos importantes.—Macanaz, Memorias MS., cap. 33.—San Felipe, Comentarios.—Noticias individuales de los sucesos, etc., tomo VII del Semanario erudito.—Belando, part. I, c. 35.

luego cuenta separadamente, y la marcha y conducta de los hombres del gobierno contribuía no poco á empeorar, en vez de mejorar aquella situacion. Se habian hecho algunos cambios en el personal antes del regreso de la princesa de los Ursinos: el marqués de Rivas habia sido separado de nuevo, los negocios de su ministerio se dividieron otra vez, quedando los de Estado á cargo del marqués de Mejorada, los de Hacienda y Guerra al de don José de Grimaldo, muy estimado de los reyes. Pero quejábase la de los Ursinos del difícil remedio que tenian las discordias y divisiones creadas durante su ausencia. Al mismo tiempo el embajador Amelot, que se habia propuesto seguir una línea de conducta opuesta á la de sus antecesores, y solicitar la cooperacion de los ministros en vez de mostrar pretensiones de gobernarlos, se quejaba de su indolencia y de su abandono; de que seria imposible restablecer el orden de los negocios públicos; de la oposicion á las miras de Luis XIV que la reina habia alimentado antes, y aun duraba; de que los soldados se desertaban por falta de pan, los oficiales pedian su retiro, todo el mundo reconocia la falta del dinero, y nadie se cuidaba de buscarlo (4); de que los grandes no pensaban sino en recobrar su antiguo poder, y tener al rey en perpetua tutela; de que el descontento del pueblo crecia, y las conjuraciones de los magnates se multiplicaban.

Por su parte el ministro de Hacienda Orri, afanado por proporcionar recursos con que atender á las necesidades de la guerra, no se atrevió á restablecer sus antiguos proyectos, la tentativa de un nuevo impuesto personal estuvo á punto de producir una rebelion, toda proposicion para levantar fondos era combatida, y el gran economista tuvo que apelar á un donativo de dos millones de libras que ofreció el gobierno francés. El mariscal de Tessé daba por su parte iguales ó parecidas quejas respecto al número, organizacion, pagas y subsistencias de las tropas. Y la princesa de los Ursinos veía que cualquiera innovacion, por pequeña que fuese, alarmaba y sublevaba á los quisquillosos grandes, que así se impacientaban por que se intentara aumentar la guardia real, como porque se faltara en algo á las prescripciones de la etiqueta palaciega, dando al príncipe de Tilly, nombrado grande de España, cierto asiento de preferencia en la misa de la capilla real.

No era solo oposicion de este género la que habia de parte de algunos grandes; eran ya verdaderas conspiraciones. Una hubo para apoderarse de los reyes el dia del Corpus al tiempo que volvieran al Buen Retiro. El conde de Cifuentes habia formado un partido austriaco en Andalucía, y si bien, descubiertas sus tramas, fué preso en Madrid, logró fugarse para ir á sublevar los reinos de Valencia y Aragon. Habíase preso al marqués de Leganés (11 de agosto) en el mismo palacio

(4) Ya en principio del año habia apelado el rey á un recurso extraordinario, por cierto bien gravoso, con el título de donativo.

«Necesitando, decia el real decreto, la justa defensa de estos reinos de medios correspondientes á los crecidos gastos de la guerra, y no bastando el producto de las rentas reales, ni el de otros medios extraordinarios que hasta aquí han podido servir de algun alivio, ha sido preciso recurrir al medio que el Consejo de Castilla me propuso del repartimiento general por vía de donativo en todas las provincias del reino; y conformándome con lo que el mismo Consejo y ministros de él me han representado sobre este punto: Ordeno y mando que por vía de donativo general se cobre luego en todas las ciudades, villas y lugares de estos reinos un real á cada fanega de tierra labrantia: dos reales á cada fanega de tierra que contenga huerta, viña, olivar, moreras, ú otros árboles fructíferos; cinco por ciento de alquileres de casas, y en las que habitaren sus dueños el valor que regularmente tendrian si se arrendasen; cinco por ciento de los arrendamientos de dehesas, pastos y molinos; cinco por ciento de los arrendamientos de los lugares y términos que los tuvieren á pasto y labor, cuya paga fuere en maravedis; cinco por ciento de fueros, rentas y derechos, excepto los censos; un real de cada cabeza de ganado mayor cerril, vacuno, mular y caballar; ocho maravedis de cada cabeza de ganado menudo, lanar, cabrío y de cerda; que la paga de estas cantidades sea íntegra, sin que por razon de carga de censo ú otra alguna se haga baja ni descuento; que ante las justicias de cada una de las ciudades, villas y lugares presenten todos los vecinos relacion jurada de los bienes que cada uno tiene y posee, pena de perdimento de lo que ocultase... etc. En Madrid á 28 de enero de 1705 años.—A don Miguel Francisco Guerra, gobernador del Real Consejo de Hacienda.» MS. de la Real Academia de la Historia.

del Retiro. Afírmase que la mañana que se le prendió amanecieron las puertas de las casas de Madrid señaladas con dos cifras, una encarnada y otra blanca, que se tuvieron por signos ó emblemas de la conspiracion; y aunque no se pudo hacer prueba legal contra el marqués, recaian sobre él vehementes sospechas, lo cual bastó para que se le encerrara en el castillo de Pamplona, de donde fué despues trasladado á Francia. La grandeza se ofendió mucho de aquella prision del marqués, hecha sin guardar las formalidades y sin respeto á los privilegios de su clase (1).

A vista de estas disposiciones se hace menos extraño que la princesa de los Ursinos, antes tan enemiga de la influencia francesa, se mostrara ahora desconfiada de los españoles y partidaria del influjo y de los intereses de la Francia; que los reyes mismos buscaran ya en ella su apoyo, y que el embajador Amelot propusiera en el Consejo que las plazas de Sanlúcar, Santander, San Sebastian, y otras de Guipúzcoa y Alava recibieran guarnicion francesa. Pero esta proposicion, aunque hecha á presencia del rey, y sostenida por él, de acuerdo con la reina, fué combatida con energía por los consejeros como deshonrosa para el monarca y vergonzosa para el reino, y desechada como tal, expresándose con calor en contra de ella el marqués de Mancera y el de Montellano, lo cual hizo al rey producirse con una viveza desusada, y al embajador Amelot faltar á su habitual circunspeccion. Con este motivo Monterrey y Montalto hicieron dimision de sus plazas; se dió al conde de Frigiliana la presidencia del consejo de Aragon, y se nombró individuos del consejo de gabinete al duque de Veragua y á don Francisco Ronquillo. En cambio empeñáronse los grandes en que el embajador francés no asistiera al consejo, en tanto que el embajador español no asistiera tambien á los consejos del gabinete de Versalles (2).

Tal era la situacion del ejército, de la hacienda, de la corte y del gobierno, cuando se levantó el estandarte de la rebelion en varias provincias de España contra su legitimo soberano Felipe de Borbon, proclamando los derechos del archiduque Carlos de Austria, en los términos que vamos á referir en el capitulo siguiente.

CAPÍTULO V

Guerra civil.—Valencia: Cataluña: Aragon: Castilla

DE 1705 Á 1707

Formidable armada de los aliados en la costa de España.—Comienza la insurreccion en el reino de Valencia.—Embiste la armada enemiga la plaza de Barcelona.—El archiduque Carlos: el príncipe de Darmstadt: el conde de Peterborough.—Crítica posicion del virey Velasco.—Espíritu de los catalanes.—Ataque á Monjuich.—Muerte de Darmstadt.—Toman los enemigos el castillo.—Bombardeo de Barcelona.—Estragos.—Capitulacion.—Horrible tumulto en la ciudad.—Proclámase en Barcelona á Carlos III de Austria.—Declárase toda Cataluña por el archiduque, á excepcion de Rosas.—Decídese el Aragon por el austriaco.—Terrible dia de los Inocentes en Zaragoza.—Guerra en Valencia.—Ocupan los insurrectos la capital.—Sale Felipe V de Madrid con intento de recobrar á Barcelona.—Combinacion de los ejércitos castellano y francés con la armada francesa.—Llega la armada enemiga y se retira aquella.—Sitio desgraciado.—Retírase el rey don Felipe.—Jornada desastrosa.—Vuelve el rey á Madrid.—El ejército aliado de Portugal se apodera de Alcántara.—Marcha sobre Madrid.—Sálense de la corte el rey y la reina.—Ocupa el ejército enemigo la capital.—Proclámase rey de España el archiduque Carlos.—Desastros en Valencia.—Entereza de ánimo de Felipe V.—Reanima á los suyos y los vigoriza.—Parte de Barcelona el archiduque y viene hácia Madrid.—Sacrificios y esfuerzos de las Castillas en defensa de su rey.—Cómo se recuperó Madrid.—Se revoca y anula la proclamacion del austriaco.—Entusiasmo y decision del pueblo por Felipe.—Movimiento de los ejércitos.—Retirada de todos los enemigos á Valencia.—Pérdidas que sufren.—Cambio de situacion.—Estado del reino de Murcia.—Hechos gloriosos de algunas poblaciones.—Salamanca.—Ardimiento con que se hizo la guerra por una y otra parte.—Cuarteles de invierno.—Regreso del rey y de la reina á Madrid.

La pérdida de un ejército entero en el malhadado sitio de Gibraltar, la falta de caudales, consumidos en aquella desgra-

(1) Habia en contra del marqués el antecedente de haberse negado á presentar el juramento de fidelidad al nuevo soberano, y haber dicho en

ciada empresa, las discordias de la corte, la oposicion á admitir guarniciones francesas, el descontento y la inquietud de los ánimos producida por las disidencias de los gobernantes, por los conspiradores de dentro y por los agentes de los aliados de fuera, el poco tacto en el castigo y en el perdon de los que aparecian ó culpables ó sospechosos de infidelidad, la ocupacion en las fronteras del reino lusitano de las pocas fuerzas que habian quedado á Castilla, los reverses que en la guerra exterior habian experimentado por aquel tiempo las armas españolas, de que daremos cuenta oportunamente, todo alentó á los enemigos de la nueva dinastía y les dió ocasion para tentar la empresa de acometer el litoral de España, provocar la rebelion y apoderarse de los puntos en que contaban con mas favorables elementos.

A este fin, despues de larga discusion en la junta magna que se celebró en Lisboa entre los representantes de las potencias aliadas, se resolvió la salida de una grande expedicion naval anglo-holandesa, compuesta de mas de ciento setenta naves, la mayor parte de guerra, que los Estados de las Provincias Unidas y la reina de la Gran Bretaña tenian preparada en aquellas aguas. La empresa se dirigia principalmente contra Barcelona y Cataluña, sin perjuicio de sublevar otras provincias del Mediodía y Oriente de España. Iba en la armada el pretendiente austriaco, y por general de las tropas el inglés conde de Peterborough. En medio del sol abrasador de julio (1705) se presentaron algunos navios á la vista de Cádiz, hicieron una tentativa inútil sobre la isla de Leon, que encontraron prevenida, tomaron rumbo á Gibraltar, donde se embarcó el príncipe Jorge de Darmstad con tres regimientos de tropas regladas, y pasaron á recorrer las costas de Almería, Cartagena y Alicante. La lealtad de los alicantinos respondió con entereza á las propuestas que desde bahía les enviaron los confederados (8 de agosto), con lo que prosiguieron estos adelante, dando fondo en Altea, donde acudió desde Ondara un don Gil, antiguo capitán del regimiento de Saboya, vendido ya á los aliados, al cual entregaron cuatrocientos fusiles y algunos tambores, para que levantara y armara partidas de paisanos en la comarca, dejándole tambien cartas y credenciales para el arzobispo de Valencia, el conde de Cardona y otros de su partido.

En tanto que el grueso de la armada seguia su derrotero á Barcelona, algunos navios anclaron en el puerto de Denia, avisaron con salvas á los moradores, de cuyas disposiciones sin duda estaban ya seguros, y les enviaron pliegos pidiendo se les entregara la ciudad. Congregado el ayuntamiento con los principales vecinos, y de acuerdo con el gobernador, que lo era entonces don Felipe Antonio Gabilá, se resolvió franquearles las puertas y entregarles las llaves de la ciudad y castillo. Al dia siguiente (8 de agosto) desembarcaron los ingleses, se proclamó solemnemente á Carlos III de Austria como rey legitimo de España, y se cantó el *Te Deum*, en me-

aquella ocasion: *Es cosa terrible querer exponerme á que desentrañe la espada contra la casa de Austria, á la cual debe la mia tantos beneficios.*—Sobre la prision y proceso del marqués de Leganés pueden leerse las Memorias de Tessé, las manuscritas de Macanaz, cap. 11, las cartas de la princesa de los Ursinos á madame de Maintenon, etc.—El conde de Robres, Historia de las Guerras civiles de España, MS. lib. 5, párr. 3.º

Tenemos á la vista una relacion manuscrita de esta prision, hecha en aquellos mismos dias, en que se dan curiosos pormenores del modo como fué ejecutada por el príncipe de Tilly al llegar el de Leganés al cuarto del rey, cómo se le condujo en un coche hasta Alcalá, donde ya habia otro preparado para llevarle á Guadalajara, y allí otro carruaje dispuesto para trasportarle á Pamplona, y cómo dos alcaldes de corte pasaron luego á su casa, tomaron todos sus papeles, y llevaron á la cárcel á todos sus criados mayores. En cuanto á las causas de la prision, dice: «Es vergüenza tomar en la boca las quimeras, embustes y novedades que en esta corte se han inventado sobre que habia traicion, y que corria peligro la persona del rey, y que habia armas dispuestas, con otro millon de desatinos, y solo se tiene por cierto que la prision del marqués ha sido por asegurarse el rey de su persona, la cual por muchos motivos ha sido tenida por desafecta á su real casa, y porque no habia hecho el juramento de fidelidad, aunque se le habia dado á entender lo hiciese; y otras razones que en los reyes no se pueden apurar.»—MS. de la Biblioteca Nacional, H. 13.

(2) San Felipe, Macanaz, Noailles, Tessé, Berwick, San Simon, en sus respectivas Memorias.—Duclós, Memorias secretas.

dio de los repiques de las campanas y de las salvas de la artillería. Dejaron allí los aliados por comandante general á un valenciano llamado Juan Bautista Basset y Ramos, hijo de un escultor de Valencia, que sentenciado á pena de horca por un asesinato que había cometido, logró fugarse, y habiendo pasado primero á Milan y despues á Viena sirvió en la guerra que el emperador hacia al turco en Hungría, y ahora el archiduque le había dado la patente de mariscal de campo. Esta fué la primera ciudad de la corona de Aragon que faltó á la fidelidad de Felipe V y proclamó al archiduque de Austria (1).

Difundióse en esto la alarma y la perturbación por todo el reino de Valencia. Los trabajos del conde de Cifuentes y otros magnates desafectos á la casa de Borbon no habían sido infructuosos. El país estaba minado: tumultuáronse varios pueblos, vacilaban otros, y á todos alcanzaba la conmoción. El don Juan Gil había repartido los fusiles, y andaba ya con su tropa de paisanos, en cuerpo de camisa, con sus alpargatas de esparto á los pies y sus piernas desnudas; primeras tropas que se forman siempre en las guerras civiles. Á sofocar aquel principio de incendio acudió á la villa de Oliva el virey de Valencia, marqués de Villagarcía, asistido del mariscal de campo don Luis de Zúñiga, con la poca gente de que podía disponer. Agregósele el duque de Gandía, como señor de muchos de aquellos lugares, y el rey don Felipe envió al general don José de Salazar con la caballería de las reales guardias, y otro regimiento de la misma arma mandado por el coronel don José Nebot. Tal vez habría sido esto suficiente para apagar en su origen la rebelión valenciana, si iguales ó parecidas novedades por la parte de Aragon no hubieran hecho necesario enviar allá al Salazar con sus guardias y las milicias, quedando solo con Zúñiga el catalan Nebot. Para la defensa de Denia no tenían los rebeldes sino un solo cañon: pero don Juan Gil, que había acudido con algunos de sus paisanos armados, supo engañar las tropas reales figurando cañones de troncos pintados, y haciendo hileras de bultos que remedaban hombres.

Sin embargo, este artificio habría sido insuficiente sin la infidelidad de Nebot, que pasándose con su regimiento á los rebeldes, llevó prisioneros á los oficiales que no querían seguirle, y uniéndose á Basset en Denia, salieron juntos y sorprendieron y aprisionaron en Oliva al general Zúñiga con todos los suyos (12 de diciembre, 1705). Este golpe fué fatal para todo el reino de Valencia. Los rebeldes se apoderaron pronto de Gandía, de cuya ciudad sacaron la artillería que en el siglo XVI hizo fabricar su antiguo duque San Francisco de Borja, y con ella guarnecieron á Alcira que les abrió las puertas. Dirigiéronse desde allí á la capital, que el virey marqués de Villagarcía abandonó, viéndolo todo perdido. El pueblo, previa una formal capitulación, en que se ofreció todo lo que quiso pedir, abrió la puerta de San Vicente á su compatriota Basset, que entró en Valencia con quinientos infantes y trescientos hombres montados en mulas y caballos de labranza (16 de diciembre, 1705). Basset y Nebot recibieron el tratamiento de excelencia, y Basset substituyó el vireinato en el conde de Cardona, á quien se le confirmó despues el archiducado (2).

(1) *Relacion de la entrada que hicieron en la ciudad de Denia las armas de la Majestad Católica del rey nuestro señor don Carlos III.* impre- sa: tomo de Varios, perteneciente á la biblioteca de don Próspero de Bofarull, archivero general de la Corona de Aragon.—Belando, Historia civil, parte I, c. 36.

(2) La capitulación constaba de 21 artículos, y en ella se ofrecia: 1.º que aclamarían por su rey á Carlos III de Austria; 2.º que se conservarían los fueros y privilegios que gozaban á la muerte de Carlos II; 3.º que se mantendrían los derechos ó impuestos acostumbrados á la ciudad y reino; 4.º que tendrían franco el comercio con Castilla; 5.º que se conservarían las vidas y haciendas; 6.º que se respetarían las iglesias y comunidades religiosas; 7.º que se daría el plazo de un año á los que quisieran irse ó quedarse, con facultad de vender sus bienes; 8.º que no se tocaría á los diezmos y primicias, y demás rentas de la Iglesia, etc.—Belando, Historia civil de España, tom. I, cap. 37.—Macanaz, Memorias MSS, capítulo 33.

A la madre de Basset, que vivía en un estado humilde, se la hizo marquesa de Cullera, y con este título vivió y murió en Denia.—Belando, ubi sup.

Declarada Valencia por el archiduque, todo fué ya sublevaciones y confusiones en aquel reino. Levantóse en Játiva y se apoderó de ella un don Juan Tárraga; de Orihuela el marqués del Rafal; y en tanto que en los castillos de Peñíscola y de Montesa se refugiaban algunos capitanes leales, y que Alicante y la Hoya de Castalla eran el asilo de los que se mantenían fieles, y que unos pueblos aclamaban á un rey y otros á otro, la gente perdida que sale siempre y se mueve en las revoluciones, saqueaba, robaba y asesinaba á su libertad y sabor. El arzobispo de Valencia, resentido de que no le hubieran dado el vireinato, se vino á Madrid con el marqués de Villagarcía blasonando de leal. Á Basset le aclamaban libertador y padre de la patria, y le daban una especie de adoración popular celebrando como milagros todas sus acciones. En tal estado quedaban las cosas en Valencia al espirar el año 1705, cuando fué nombrado virey el duque de Arcos, y comenzaron á entrar tropas para sujetar la rebelión.

Sucesos harto mas graves habían ocurrido á este tiempo en Cataluña, donde los ánimos de los naturales estaban mas predisuestos todavía que en Valencia contra la dinastía de Francia, incomodados además con el gobierno de don Francisco de Velasco, y grandemente irritados con las prisiones, destierros y castigos por él ejecutados en Barcelona y otras ciudades catalanas (3). Entonces se vió el daño de su indiscreta obstinación en no querer admitir guarniciones francesas, considerándose bastante fuerte para conservar aquella provincia y ocurrir á todo evento.

El 22 de agosto (1705) fondeó en la playa de Barcelona la grande armada anglo-holandesa, con no poco susto del virey Velasco, que comenzó á tomar algunas medidas de defensa, y á querer imponer con severos castigos á la población haciendo ahorcar algunos que tenía por sospechosos. El espíritu del país empezó tambien á mostrarse luego, acudiendo del llano de Vich mas de mil hombres á orilla del mar á proteger el desembarco de las tropas de la armada. Hicieron estas en los dias siguientes, con el conde de Peterborough, el príncipe de Darmstad y otros principales cabos, acampándose en línea recta desde el muelle hasta San Andrés de Palomar, y al sexto día una salva general de los navios anunció haber saltado á tierra el archiduque Carlos de Austria, el cual plantó sus reales en la Torre de Sans, y allí comenzó á ser tratado como rey por los embajadores de Portugal é Inglaterra, y por los naturales del país, que á bandadas bajaban ya de las montañas: y tanto él como el conde de Peterborough en los manifiestos que publicaban y hacían esparcir prometían á los catalanes la conservación de su religion, de sus privilegios, fueros y libertades, como quienes iban á librarlos (decían) del yugo del monarca ilegítimo que los tiranizaba. Crítica era en verdad la posición de Velasco: la armada enemiga era poderosa y formidable; los catalanes de la comarca al toque de somaten afluían á reconocer y ayudar al nuevo soberano; desconfiaba de los habitantes de la ciudad, y en sus mismos bandos y pesquisas indicaba el convencimiento de que dentro de sus muros se abrigaba la traición; sus fuerzas eran escasas, y consistían en algunas compañías de miqueletes, y en las pocas tropas que habían traído de Nápoles el duque de Pópoli, el marqués de Aytona y el de Risburg: la falta de medios de defensa quería suplirla con medidas interiores de rigor, ya apoderándose de todos los mantenimientos, ya mandando degollar á todo el que se encontrara en la calle despues de las nueve de la noche, con cualquier motivo que fuese; ya prohibiendo bajo pena de la vida salir de casa durante el bombardeo, aunque en ella cayesen bombas y se desplomase, y otras providencias por este orden, contra las cuales en vano le representaba por medio de su síndico la ciudad.

El 14 de setiembre dos columnas de los aliados, mandadas la una por el príncipe de Darmstad, la otra por el conde de

(3) Los casos y circunstancias de los rigores que con poca discreción se emplearon, así por Felipe V y su gobierno en la corte como por el gobernador Velasco en Barcelona, contra varios catalanes acusados ó sospechosos de infidencia, se refieren con minucioso conocimiento de los hechos en la *Historia de las Guerras civiles del conde de Robres*, manuscrita, capítulo 5, párr. 5.

Peterborough, subieron por la montaña de Monjuich, y mandando algunas avanzadas se apoderaron de las obras exteriores y se posesionaron del foso. Pero una bala disparada del fuerte atravesó al príncipe de Darmstad, de cuyas resultas murió luego. Era el de Darmstad el autor de aquella empresa, y el mas temible de los jefes aliados, como virey que había sido de Cataluña: fué por lo mismo su muerte muy sentida y llorada de todos los catalanes partidarios de la casa de Austria (1). Mas si bien este acontecimiento animó á los de la ciudad, y subiendo el virey y los demás generales lograron hacer cerca de trescientos prisioneros ingleses y holandeses, con lo cual se volvieron gozosos á la plaza, no cesó en los tres dias siguientes por parte de los aliados ni el ataque de Monjuich, ni el bombardeo simultáneo de la plaza y del castillo, haciendo las bombas no poco estrago en la población, é incendiando entre otros edificios la casa de la diputación. Al cuarto día, ó producido por una bomba segun unos, ó por traición segun otros, volóse con horrible estruendo el almacén de la pólvora de Monjuich (17 de setiembre), que contenía cerca de cien barriles, y derribando la mayor parte de la muralla que mira al mar y á Barcelona, embistieron los aliados y se apoderaron del castillo, haciendo prisioneros de guerra á los trescientos hombres que en él había, habiendo antes perdido la vida el gobernador Caracho.

Dueños de Monjuich los aliados, todas las baterías de cañones y de morteros, así de los navios, como del castillo y del medio de la montaña, formada esta última por los paisanos, comenzaron á arrojar sobre la ciudad (18 de setiembre) tal número de bombas, balas y granadas, que aterrados los habitantes, sin cuidarse del bando del virey ni ser este capaz á impedirlo, se atropellaban á salir de la población, verificándolo cerca de diez mil personas. Todos los dias siguientes continuó jugando casi sin interrupción la artillería, causando las bombas incendio y estrago en los edificios, abriendo las balas ancha brecha en el muro. Escasos eran los medios de defensa de los sitiados; faltaba quien sirviera la artillería, y aun dando doce doblones de entrada y diez reales diarios se encontraron muy pocos que quisieran hacer aquel servicio. Á la primera y segunda intimación que hizo el de Peterborough á Velasco para que entregara la plaza si quería evitar los horrores del asalto (26 y 28 de setiembre), contestó el virey con entereza: no así á la tercera (3 de octubre), en que solo le daba cinco horas de plazo para la resolución. Entonces Velasco anunció á diputación que estaba dispuesto á capitular, y comunicada esta resolución al general enemigo, se suspendieron las hostilidades. El 8 de octubre se publicaron las capitulaciones acordadas entre milord Peterborough y don Francisco de Velasco, que en verdad no podían ser mas honrosas para los vencidos. Constaban de cuarenta y nueve artículos, de los cuales era el principal: Que la guarnición saldría con todos los honores de la guerra, infantería en batalla, caballería montada, banderas desplegadas, tambor batiente, y mechas encendidas, con diez y seis piezas de batir, tres morteros y seis carros cubiertos que no podrían ser reconocidos.

Tomábanse los dias siguientes las disposiciones necesarias para evacuar la plaza, cuando el 12 se difundió por la ciudad la voz de que el virey quería llevarse los presos que desde el año anterior tenía en la Torre de San Juan por sospechosos de traidores, y que para eso había pedido los seis carros cubiertos. Publicóse tambien, y era verdad, que Gerona, Tarragona, Tortosa, casi toda Cataluña había proclamado ya por rey á Carlos III de Austria. Añadióse que Velasco trataba de ajusticiar secretamente algunos de los presos, y que se habían encontrado en el foso de la muralla tres cuerpos de hombres decentemente vestidos, sin cabezas y cubiertos con esteras. Exaltados estaban con esto los ánimos, cuando el día 14 (octubre) quiso la fatalidad que el alférez de la guardia de la Torre, de resultas de algunas palabras que tuvo con

(1) Dedicaron á su muerte sermones panegíricos, y muchas composiciones poéticas, en que se expresaba el sentimiento general del país: de uno y de otro se conservan algunos ejemplares impresos que hemos tenido á la vista.

uno de los presos, echase mano á una pistola: entonces los presos comenzaron á gritar: «que nos quieren matar! misericordia! socorro!» Los vecinos del barrio, que con el recelo estaban ya al cuidado, gritaron á su vez corriendo de una calle en otra: *¡Las armas, germans! que degollan los presos; anem á salvarlos las vidas; visca la Patria! visca Carlos tercer!* A estas voces, y al ruido de las campanas de todos los templos, inclusa la catedral, que tocaban á somaten, movióse general alboroto dentro y fuera de la ciudad, asustóse la guarnición, todos, hasta los clérigos y frailes, tomaron las armas que hallaban á mano, los vecinos dejaban la defensa de las casas á las mujeres y se lanzaban á la calle y á la ribera; la primera operación de los tumultuados fué soltar los presos de la Torre, despues los de todas las cárceles; todos discurrían como frenéticos, acometiendo á los soldados y desarmándolos, asaltando la casa de la ciudad, el palacio del virey, los baluartes, sin miedo á la artillería, hasta apoderarse de los cañones, obligando á los tercios de Nápoles, al antiguo de la milicia azul de España, á la caballería, á la gente de todas armas á abatirlas, y clamar: «buen catalan, sálvame la vida!» á lo que contestaban ellos: *Santa Eulalia, victoria, visca Carlos tercer!*

Ya en toda la comarca tocaban tambien las campanas á somaten; corrió la voz entre los de fuera que los ciudadanos y la guarnición se estaban degollando, y acudieron con chuzos, picas y todo género de armas en socorro de los de la ciudad. Todo era confusión, espanto, gritaría, ruido de armas, mortandad y estrago en Barcelona. En tal estado las tropas aliadas, y al frente de ellas el archiduque, tuvieron por conveniente entrar, sin esperar la formalidad de la evacuación. Ya casi estaban apoderados de todo los paisanos; soldados y naturales se saludaban llamándose camaradas, proclamando todos: *¡Viva la casa de Austria! ¡Viva Carlos III!* Sabiendo los consellers que el virey Velasco se hallaba en el monasterio de San Pedro, discurrieron que el mejor medio de salvarle la vida era encomendar su persona al general conde de Peterborough, y así se lo suplicaron, y él aceptó gustoso la noble misión, conduciendo al Velasco á su lado con la correspondiente escolta á una casa de campo á tiro de cañon de la plaza, y desde allí le hizo conducir á los bajeles, junto con los principales cabos de la guarnición y algunos nobles de la ciudad. Desde el 14 hasta el 20 de octubre fueron entrando en la plaza las tropas de los aliados, y el 5 de noviembre se verificó la entrada pública del archiduque con todos los honores de la Majestad, siendo solemnemente jurado como rey de España y conde de Barcelona por todas las corporaciones y en medio de los mayores regocijos. Así el don Francisco de Velasco, que nueve años antes (1697) había sido causa de que Barcelona se rindiera á los franceses mandados por el duque de Vendome, lo fué tambien en 1705 de que aquella insigne ciudad pasara al dominio del príncipe austriaco, perdiéndola dos veces para los reyes legítimos de Castilla (2).

Decían bien los que propalaban que casi toda Cataluña obedecía ya á Carlos de Austria. Antes que los aliados ocuparan la capital, el llano de Urgel había reconocido al archiduque: solo Cervera hizo alguna resistencia. Dos hermanos labradores que habían servido en las pasadas guerras tumultuaron el campo de Tarragona, el Panadés y la ribera del Ebro. Cundió la insurrección al Vallés, al Ampurdan, á todas partes, si se exceptúa á Rosas, de tal manera, que como dice un escritor, testigo ocular, «en menos tiempo del que sería menester para andar el Principado un hombre desembarazado y bien montado, le tuvo Carlos reducido á su obediencia (3).» Faltaba Lérida, que gobernaba don Alvaro Faria de

(2) *Verídica relacion diaria de lo sucedido en el ataque y defensa de Barcelona en este año 1705.* En esta relacion, impresa en el mismo año, é inserta en los tomos de Varios del señor Bofarull, se da una noticia circunstanciada de todo lo que día por día iba ocurriendo desde que se avistó la escuadra de los aliados hasta la entrada solemne del archiduque.—Feliu, Anales de Cataluña, lib. XXIII, caps. 1 y 2. Belando, Historia civil de España, tom. I, c. 39.—San Felipe, Comentarios, ad ann.—Macanaz, Memorias manuscritas, c. 33.—El conde de Robres, Historia de las guerras civiles, ined. c. 5.

(3) El conde de Robres.